

CAPÍTULO SEGUNDO

EL LEGADO ENCICLOPEDISTA DE DIDEROT SOBRE EL PODER POLÍTICO Y EL DERECHO EN VÍSPERAS DE REVOLUCIÓN

*Para Alejandro Palma Argüelles, por
razones más que evidentes y con afecto
más que constante*

I. INTRODUCCIÓN

El lugar de Diderot en la historia de las ideas es paradójico (la figura lógica que conocía bien y que era de su predilección) pues se le cita, se le evoca y alguno hasta pretende analizarlo en los fascinantes retratos, inundados de luz jubilosa, que Fragonard y Van Loo hicieron de él y, a la postre, acaba escurriéndose su verdadera dimensión, como si se tratara de una sustancia inasible. Se repite con cacofonía que le hubiera gustado contemplar la proliferación de enciclopedias, diccionarios, diarios, revistas y las publicaciones innúmeras que hoy inundan nuestro mundo (*Internet* incluido). Pero referido así, su definitivo impulso —atribuido por cierto al conjunto de generaciones de las Luces— su singularidad empero permanece sumergida, ignotas las diferencias que permitirían distinguirlo dentro de la obra colectiva que acabaría apartándolo de los grandes: tanto el soliloquio de Rousseau, como el “pragmatismo” de Voltaire le son radicalmente ajenos. No se asumió nunca profeta ni abanderado, pero tampoco admitió ser equiparado con Helvetius o diluido en D’Holbach, Condillac, Condorcet, Maupertuis y el largo etcétera de *tutti cuantti* fueron los sonrientes racionalistas de las Luces. Participa, claro está, del mismo impulso y la misma emoción impecablemente uniformados por Cassirer en su célebre monografía; todos reciben el nombre eminente y el deslumbramiento de las Luces. Alguien de la estatura de Diderot mereciera ser perfilado con

la precisión mayor que hoy permite la investigación exhaustiva del siglo XVIII francés; rescatar su originalidad en los temas de este ensayo me ha parecido provechoso, animado de “diderotiano” optimismo, hay que confesarlo de entrada.

Diferente a los ilustrados más renombrados, reticente a grandilocuentes discursos como los de sus contemporáneos, las mayores cuestiones públicas de aquellos años no le son, ni de lejos, indiferentes pero su ímpetu discurre por cauces menos espectaculares que los del río de los famosísimos; en esta diferencia, subrayada crecientemente por quienes vienen dedicándose a desentrañar su obra, se encuentra una sorprendente fertilidad para también lidiar con los problemas de hoy. Una fórmula de su inmarcesibilidad pudiera consistir en haber rehusado ocultarse tras ninguna especialidad: es historiador, empresario, dramaturgo, novelista, matemático y ensayista, y no se escondió tras ninguna escuela, ni siquiera la del “enciclopedismo”; rehusó las etiquetas y no le incomodó ninguna doctrina: le entusiasmó únicamente la religión de “inquietar”. Pero el amigo de Catalina de Rusia nunca podría haber sido un “agitador”: fue, en cambio, un luchador peculiar que además de ideas manejó las reglas de comercio de libros, de comercio de cortes y hasta de trata de negros (la que no llegó a preocuparle a tal grado como para rehusar invertir con provecho una parte de su modestísimo capital en las utilidades que arrojaba ese tráfico infame).⁴⁴

Su teatro, novelas e historias, en su empresa editorial (La Enciclopedia) y los artículos que redactó para ella tienen la marca de un peregrinaje sobresaltado y mucho del avizorar insosiego al que obliga nuestro tiempo, tanto cuando replantea los pactos sociales como cuando desespera frontal y cíclicamente de esos provisionales acuerdos, rebatidos en la literatura y el arte, la academia, la fábrica y, sobre todo, por el fragor cotidiano de la relación entre hombres, poderes y cosas, el de su tiempo y el de nuestros días.

Semejante a sus contemporáneos al no identificarse con ninguno de ellos guarda esa distancia que le otorga un holgado tramo distintivo en su carrera por la Ilustración; acaso en virtud de esa diferencia se eslabonan los tiempos de él con los nuestros, eclécticos e inciertos, que guardan algunas semejanzas profundas con aquellas vísperas suyas, revolucionarias, enciclopédicas y clarividentes.

⁴⁴ Onfray, Michel, *Los ultras de las Luces*, Barcelona, Anagrama, 2010, p. 23.

Logró no extraviar su rumbo en la cesura que va del Absolutismo a la Restauración, al no dejar de postular los medios eficaces para detonar a uno y dejar tambaleante a la otra. Esos instrumentos no fueron radicalmente distintos de los restantes Ilustrados, pero resultaron más amplios por menos programáticos. Diderot asumió que valía la pena intentar el teatro, pergeñar novelas y auxiliar a Raynal en su “Historia” (utilizada por él como parapeto político). Renunció desde el inicio al sayal de la beatería jacobina, concibiendo la empresa intelectual (comercial y lucrativa) de la *Enciclopedia*. Un singular contrato de 25 años de vigencia (meses más o menos) mediante el cual nuestro autor se comprometió más allá de todo límite razonable ganando así la admiración de la posteridad. Desde luego, se comprometió más allá que otros ilustrados enciclopedistas, menos constantes y arrojados que él. Me resulta emparentado (para hablar de lo nuestro), con Clavijero y Alegre, Vasconcelos y Reyes, Paz y Fuentes, Cosío Villegas y Krauze, y algunos otros esclarecidos, quienes se verían felices en compañía de él, pues permítanme afirmar que todos (unos más que otros), han propuesto, como Diderot en su día y en vanguardia, estímulos para acometer esfuerzos y trabajos liberadores. Los nuestros son, en ese sentido si se me autoriza el calificativo, “diderotistas de abolengo”, analogía que aquí subyace y que es una razón más para escribir estos esquemáticos apuntes.

La provechosa obra de Diderot no puede ser reducida a la *Enciclopedia*, aun cuando ella sea el eje que auxilie para mejor entenderla: ya se sabe que se trata de una obra que pudiera parecer anticuada pero que es enteramente *actual en su aspiración*,⁴⁵ lo que no es poco decir y que no puede predicarse de otras que, aunque “merecedoras del arduo honor de la tipografía” que decía Borges son, sin embargo, un cementerio de letras; la *Enciclopedia* es un bosque frondoso de ideas perennes.

El repaso de la cronología mínima revela, ante todo, compromisos morales, intelectuales y políticos, así como sus avatares y rupturas. (Arthur Wilson dedicó por cierto 35 años a investigar esta vida y sus obras desde New Hampshire, “con ímpetu diderotiano” y es inmensamente útil para apuntar las semejanzas y diferencias de Diderot con sus contemporáneos cuando dice que es un “ilustrado” que no aborda sistemáticamente las

⁴⁵ Venturi, Franco, “El origen ideal de la *Enciclopedia* está en la experiencia religiosa, filosófica y política del joven Diderot”, *Los orígenes de la Enciclopedia*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 13.

cuestiones jurídicas y políticas de su tiempo, pero que propone enfoques certeros sobre ellas). En esta voluntad de visión, amplia y antirreduccionista, se encuentran elementos útiles para nuestros días, vísperas también de cambios que ya se perfilan en nuestro horizonte conflictivo.

Habremos de pasar por alto su primera juventud en Langres, sus intenciones de convertirse en teólogo por la Sorbona, su matrimonio clandestino y sus esfuerzos por subsistir como traductor del inglés, lengua que aprendió por la curiosidad que en él despertó el libro de Voltaire, las famosas *Cartas sobre la nación inglesa*, mediante las que conoce a Locke y a Newton y las ideas de libertad y tolerancia religiosa así como la teoría del conocimiento sensualista, indispensable para entender la revolución intelectual francesa del siglo XVIII.

En 1742 encuentra por primera vez a Rousseau, quien predijo que “al cabo de algunos siglos este hombre parecerá prodigioso... Se verá de lejos esta cabeza universal con una admiración mezclada de asombro, casi como miramos hoy las de Platón y Aristóteles”. Dos años más tarde traduce el *Diccionario Universal de Medicina*, de James, con auxilio de Toussaint y eso pudo haber sido el principio de la “idea enciclopedista”, que signará toda su vida. Mediante Rousseau conoce a Condillac y así arriba a su momento estelar, la concepción de una *Enciclopedia de Ciencias, Artes y Oficios*. Sin detenernos mayormente en otras consideraciones entremos ya en materia.

El 21 de enero de 1746 se autoriza al librero Le Breton la publicación de una obra intitulada *Enciclopedia*. Ese mismo año Diderot publica sus *Pensamientos filosóficos*, condenados a la hoguera, y en los que sostiene que “se me debe exigir buscar la verdad, pero no que la encuentre”. El Parlamento de Paris declara en 1746 que “la obra intitulada *Pensamientos filosóficos* presenta a los espíritus inquietos y temerarios el veneno de las opiniones más absurdas de las que es capaz la depravación de la razón humana”; Diderot ya había escrito que: “El escepticismo es el primer paso hacia la verdad”; afirmación muy venenosa, sin ninguna duda.

Los trabajos de la *Enciclopedia* comienzan en 1748; al año siguiente Diderot se arriesga a publicar la *Carta sobre los ciegos* (que le vale ser arrestado y recluso en Vincennes durante 102 días). Da ya ese otro paso prohibido que es la venta clandestina de *Les bijoux indiscrets*. Cuando el 3 de noviembre es liberado; en seguida conoce a D’Holbach, barón “plebeyófilo” y materialista (escandaloso, sobre todo a la hora del *dinner*

en ville de las mansiones parisinas que frecuentaba para estremecer a damas provecas con ocurrencias y salacidades ingeniosas).

El premio de Rousseau en Dijón por su *Discurso sobre las ciencias y las artes* en 1750 coincide con el *Prospecto de la Enciclopedia*, cuando Diderot conoce a Grimm, que acabará siendo su mejor amigo. Al año siguiente publica la *Carta sobre los sordos y los mudos*, que corre pareja a la aparición del primer tomo de la *Enciclopedia*. Durante 1752 ve la luz el segundo y el Consejo de Estado decreta entonces la supresión de la obra, pero gracias a la alta intervención de la Pompadour y también la de D'Argenson menos empírea se logra una "tácita anulación" de la esquila prohibicionista. Así, a los dos años siguientes, la *Enciclopedia* cuenta ya con cuatro tomos; en 1755, aparece el quinto, en la fecha en que Diderot es el único renombrado que asiste a las exequias de Montesquieu. Dos años más tarde ocurre la ruptura con Rousseau; pero la *Enciclopedia* tiene ya siete tomos. Diderot se convierte entonces en candidato para un sitial en la Academia de Ciencias; sin embargo, el rey favorece a Vaucanson en perjuicio del autor del "Hijo natural". Poco después, D'Alembert eludirá la corresponsabilidad de la *Enciclopedia*, como lo hizo también Rousseau, aunque por motivos distintos. (Se llega a sostener que Rousseau fue el precursor de Robespierre como Diderot lo fue de Dantón; ergo, una generación más tarde el primero envió al segundo a la guillotina, por interpósita persona. Pero ya se ve que ninguno de los dos murió del todo y su sobrevivencia política y literaria confirman la valía excepcional de ambos y la relatividad (inverosímil para quien los padece, es cierto) de los "paredones" de ayer y hoy.

Una tormenta se cierne sobre los colaboradores del libro; en 1759 el Parlamento de París decreta la suspensión de la *Enciclopedia* y la revisión, por censores eclesiásticos, de los siete tomos aparecidos pero él papa los condena *in toto* el 3 de septiembre; así y todo. Diderot no busca exilio ni una segura frontera como la del Ferney de Voltaire; con empecinada obsesión continúa escribiendo; en 1760 redacta la primera versión de *La religiosa* y prosigue con la elaboración de *El sobrino de Rameau*. No obstante la prohibición, persiste con una determinación férrea que le honra en la impresión clandestina de los últimos volúmenes de la *Enciclopedia*.

El Absolutismo se ve amenazado por todos los flancos y ese mismo año un Parlamento hermético y autista, disuelve definitivamente la Com-

pañía de Jesús, prescrita al año siguiente mediante edicto de Luis XV. Diderot descubre, indignado, que su impresor ha venido censurando los diez últimos volúmenes de la *Enciclopedia*, cuya edición de todos modos queda concluida en 1765, excepción hecha de los tomos de grabados. Es remitida al año siguiente a los suscriptores extranjeros y de provincias, acontecimiento tan memorable como que no hay otro análogo en los asuntos de la salud intelectual de los hombres.

Entonces concluye, “a su entera satisfacción” —escribe a Sofía Volland— la agotadora tarea. Pide que se reserve un ejemplar de la *Enciclopedia* “para un honesto trabajador” a quien se la prometió. “Todas mis deudas serán resueltas y caminaré ligero como una pluma”, le escribe a su amiga (aunque la vida no le concedió tal tregua). En el panorama tranquilizador por lo pronto aparece, además, la pensión que, por 50 años, le confiere Catalina II de Rusia, quien ya había adquirido, pagándola generosamente, su biblioteca selectísima. Es nombrado canónigo de la Catedral de Langres y miembro “asociado libre honorario” de la Academia de Artes de San Petersburgo, para la que proyecta una *Enciclopedia* rusa, que nunca realizará. En 1769 concluye *El sueño de D’Alembert* y confiesa a la Volland que “en ocasiones debe darse a la sabiduría el aire de la locura para procurar su éxito”, punto de partida de su *Paradoja sobre el comediante*. En 1771 intenta una primera versión de *Jacques el fatalista* y escribe las *Páginas inéditas contra un tirano* (¡publicadas hasta 1937!).

El inicio de su colaboración con el abate Raynal data de 1772. La importancia de la *Historia de las dos Indias* ha crecido con las últimas investigaciones, y representa un momento capital de la obra de Diderot. Este mismo año ven la luz las *Obras filosóficas del señor D...*, en seis tomos, y las *Obras filosóficas y dramáticas de Diderot*; con un pie de imprenta holandés, como era entonces de rigor. Llega a Holanda y redacta la *Primera sátira* y la *Refutación a la obra de D’Helvetius intitulada el hombre*. Se traslada en seguida a San Petersburgo y entrevista diariamente a Catalina. Regresa a París en 1774, después de la ascensión de Luís XVI al trono, no sin antes redactar los *Principios de política de los soberanos*, que se publican en 1789. En 1775 remite a Catalina el *Plan de una Universidad para el gobierno de Rusia*. En Sèvres trabaja en la *Historia de las dos Indias* y escribe la *Carta apologética del abate Raynal a Grimm*. El 21 de mayo de 1781 el Parlamento de París condena la *Historia*. Al año siguiente publica el *Ensayo sobre los reinados de Clau-*

dio y de Nerón, de índole vitriólica aun cuando algunos sólo la miraron como empresa de historia, de memorias, es decir, de cosa muerta, para decirlo rápidamente, y el 31 de julio de 1784⁴⁶ muere a causa de una “crisis de apoplejía.”⁴⁷ Habían de pasar más de 100 años para la publicación, de sus *Obras completas* y 170 para que Dieckmann rescatara las inéditas. Ya se ve que la prueba del tiempo, por muy legitimadora de eternidades que pudiera ser, es incomodísima para los escritores que sólo conocen de pruebas de imprenta mal pagadas, aunque ello no fuera siempre por fortuna el caso de Diderot.

II. EL *DICCIONARIO UNIVERSAL DE ARTES LIBERALES Y CIENCIAS ÚTILES*

Si el proyecto original de Ramsay para un *Diccionario Universal de Artes Liberales y Ciencias Útiles* excluía tajantemente a la teología y a la política, no puede ser considerado antecedente legítimo de la *Enciclopedia* que imaginó Diderot, porque la fórmula del primero es artificio dictado por cierta prudencia que, al serlo, llevaría al fracaso tal empresa. El propio planteamiento diderotiano del proyecto fue un pronunciamiento político: libertad interna entre los colaboradores e independencia respecto de todos los poderes.

Si el gobierno se entromete en una obra semejante, ésta no se hará nunca. Toda su influencia debe limitarse a favorecer su realización. Un monarca puede, con una sola palabra, hacer surgir un palacio entre los yermos; pero no es lo mismo una sociedad de gentes de letras que una cuadrilla de obreros. Una *Enciclopedia* no se hace por encargo.

Un programa de esta índole no podría haber sido bien visto en la Corte y pronto se sugirió asignar a Diderot censores en lo referente a la religión, la metafísica y... la jurisprudencia.⁴⁸ Se trató, en suma, de una

⁴⁶ Día en el santoral de San Ignacio de Loyola y su Compañía de Jesús.

⁴⁷ Los datos provienen de Chovillet, Anne-Marie, “Chronologie”, *Magazine Littéraire*, núm. 204, París, febrero de 1984, pp. 15-21. Véase también Bonnet, Jean Claude, “Cronología”, en Diderot, *Textes et débats*, París, Librairie Général Française, 1984, pp. 369 y 370.

⁴⁸ Para el derecho fue nombrado Secousse: “He leído por orden de Monseñor el Canciller los artículos que tratan de la jurisprudencia en los volúmenes primero y segundo

sociedad de letrados que nunca se reunieron, ni tuvieron nunca acuerdos explícitos y formales, pues cada quien trabajaría sus artículos y enviaría sus informes a los editores, sin relacionarse con los restantes. De ahí que no prosperara la acusación de que los enciclopedistas fueran conspiradores (por desgracia, pues la cosa hubiera tenido gran fertilidad novelesca y hubiera dado pie a algunos *best-sellers* de intriga, sexo y poder con ganancias aseguradas).

No acabará de subrayarse suficientemente la “clarividencia” de Diderot, el visionario del “momento rococó”. En efecto, la *Enciclopedia* paradigmática supone una visión de largo alcance, tanto por lo que hace al mercado de lectores-suscriptores como por lo que atañe a su estructura. Diderot asesoró y anticipó, en los hechos empresariales, una sociedad mercantil infrecuente en aquellos días y vigente, durante 25 años, que resultaban muchos para la duración de la vida individual en el siglo XVIII, que no garantizaba a los hombres nada parecido a la longevidad.

Entablar un compromiso tan pesado en el tiempo y sacarlo adelante es ya digno de admiración. Pero no se trataba sólo de perseverancia: había ante todo un compromiso jurídico y moral muy sólido a pesar del contexto precario y conflictivo (que desembocaría en la Revolución).

Diderot tuvo la cabeza y la sangre fría suficientes como para envolver los cartuchos de dinamita de la *Enciclopedia* (si se me tolera el anacronismo) entre bellos y muy nítidos grabados (*les planches*, tan celebrados por todos) que fueron lo más exitoso del libro, a fin de que la mecha y su chisporroteo llegara hasta la Bastilla, a la real y a las otras construidas en la cabeza de millones de europeos. La mismísima Pompadour, sin comprenderlo del todo, al apoyar a sus amigos “intelectuales” (compañeros de Diderot), contribuyó involuntariamente a construir algunas de las guillotinas mortales del *l’ancien regime* (y así, los patricios se entregaron, sin darse cuenta, a los plebeyos, que fueron —suelen serlo— implacables con aquéllos).

Diderot entendió que los destinatarios de su *summa* eran lectores diferentes del público aristocrático de antaño, el de Racine y Corneille. Una nueva clase que, desde luego, comprendía la llamada *noblesse de robe*

del libro titulado *Enciclopedia* y no he encontrado nada en ellos que pueda impedir su impresión. Secousse. Dado en París a dos de enero de 1751”. Citado por Venturi, Franco, *op. cit.*, nota 2, p. 47. Secousse era, se dice, casi ciego y algo hay de eso en su dictamen permisivo e imperspicaz.

(pero que no paraba ahí) fue a la vez impulsora y beneficiaria de su gran obra. ¿Debemos aclarar que se trataba, ni más ni menos del *Tiers Etat*, construido conceptualmente por el abate Sieyès en la obra protorrevolucionaria por excelencia? Con todos ellos, Diderot consiguió darle un vuelco a la historia de occidente, lo que no fue poca cosa.

Entiéndase bien que la afortunada amalgama entre ensayos de fondo, escritos en lenguaje moderno, con artículos de divulgación científica, de apasionante novedad y diagramas de los oficios y sus esquemas técnicos, útiles para lograr provecho y lucro, fueron la receta que lo hizo inmortal, por si algo más necesitara su amenísima pluma, que se cuenta entre las diez supremas del parnaso francés.

Jacques Payen sostiene, con sobrada razón, que la *Enciclopedia* representa, entre otras cosas sobresalientes, una nueva actitud más allá de la visión racionalista del mundo: el empirismo y la observación directa en todos los campos. Y es importante advertir que los famosos grabados y diagramas de aquella compilación monumental no reflejan los cambios tecnológicos: la *Enciclopedia* los anuncia y los promueve, lo que es muchísimo más valioso y meritorio. Tal fue el tamaño de aquellos ilustrados encabezados por Diderot, a quien nadie puede disputarle el primer sitio entre los enciclopedistas.⁴⁹

En los distintos planos en que se desarrolla la *Enciclopedia* se encuentran las semejanzas y diferencias múltiples de sus autores, sobre todo las que distinguen a Diderot de D'Alembert. El fondo político de las preocupaciones de éste contrasta con la práctica de Diderot. D'Alembert sostuvo —cuando sus relaciones con nuestro autor pasaban por sus peores momentos— que en un Estado despótico las virtudes del ciudadano son virtudes de incautos; “pero a veces hay que saber ser incautos y *siempre se encuentra gente lo bastante bien nacida como para serlo*”. Para llegar a la necesaria reforma basta que los intelectuales se hagan avaros en el cumplimiento de sus deberes sociales.

Pero en Diderot, “el filósofo” tenía un valor ejemplar para el resto de la sociedad, no sólo el poder de la libre crítica. *Avaricia frente a fuerzas incontrolables y cálculo en el empuje y el compromiso*. Cálculo, que es obra maestra en sus relaciones con Federico II, pues no hay diálogo, ni puede entablarse ausente, un código moral y político compartido, como

⁴⁹ Payen, Jacques, *The Plates to the Encyclopedia and the Development of Technology in the Eighteen Century*, Nueva York, 1978.

era ese el caso. Hay, en sustitución, un intercambio de servicios “sabiamente dosificado por una y otra parte”.⁵⁰ Es la suya una toma de partido, a medio camino entre las academias y los ministerios, halagando, durante el trayecto, al “rey filósofo”. Diderot se distanció del prusiano heterodoxo recriminándole obstaculizar el proceso de la Ilustración. Diderot también es diferente en virtud de su contacto directo con el trabajo, ya que para él, lo socialmente útil condicionaba la posibilidad futura de las Luces y a ello era necesario apostar. “Unir a quienes tienen muchas ideas y pocos instrumentos”, esa fue su consigna y con ella vio coronada la empresa de su vida entera, con “la sonrisa de la Razón”, la misma del busto del Voltaire que nos regaló Houdon en la maravillosa era.

Ya se sabe el tamaño enorme de la *Enciclopedia*: la obra no sólo más bella (sus volúmenes *in quarto*, flordelisados con fierros dorados, empastados en becerro son inolvidables) sino también la más característica del decimooctavo siglo francés: 17 volúmenes de texto, once de grabados (sin contar cuatro suplementos, dos más de índices y uno de grabados suplementarios) monumento señero por siempre jamás.

Al principio no se trataba sino de traducir la *Ciclopedia* de Efrain Chambers, publicada en inglés en 1728. Pero la de Diderot no fue un mero diccionario de ciencias, artes y oficios: so capa de informar pretendió, al mismo tiempo, transformar los valores humanos y preparar a los hombres abiertos al cambio. Los lectores perspicaces pronto supieron que también en las novedades científicas, políticas y sociales era necesario leer entre líneas. Ante todo, la *Enciclopedia* (o *Diccionario razonado de las ciencias las artes y los oficios*) se interesó en el método científico y devino un arsenal del pensamiento crítico, puesto al alcance de la mano, para señalar los problemas metodológicos que surgen constantemente de la adquisición del saber y la búsqueda de la verdad.

Ciclopedia la de Chambers: *Círculo de las ciencias*; *Enciclopedia* la de Diderot: *Obra de una sociedad de gente de letras*. En ello estriba ya una diferencia radical si además se le mira como obra colectiva para educar en perspectiva de cambios, pues la ciencia y las técnicas para eso han de servir, para cambiar las asperezas de la vida.

⁵⁰ Venturi, Franco, *op. cit.*, nota 47, pp. 109 y 110.

III. LA *ENCICLOPEDIA*

Espigar en algunos de los artículos de la *Enciclopedia*,⁵¹ atribuidos o atribuibles a Diderot, y relativos a las materias político-jurídicas, proporciona un primer esbozo del perfil general de la Edad de la Razón sobre esos problemas en Francia y, al propio tiempo, lleva directamente a las conclusiones a las que llegó nuestro autor, semejantes pero no idénticas a las de sus ilustres colegas.

En el artículo de “La Enciclopedia” (así denominado) Diderot anuncia que el sistema de remisiones o reenvíos de un tema a otro “es la clave de la intención ideológica de la obra”, es decir, sirven para poner de manifiesto opiniones que no pueden ser atacadas frontalmente. Cada vez que se trata de un prejuicio es preciso remitirse a otras voces o artículos, que sirven de base a las verdades opuestas. Así será posible —dice— cambiar la forma común de razonar (ambición casi fáustica y estrategia de prudencia aleccionadora).

Sirva de ejemplo muy valioso el de la voz “Autoridad política”. La *Enciclopedia* advierte que

ningún hombre ha recibido de la naturaleza el derecho de mandar a los otros... La autoridad procede de una de éstas dos fuentes: o la fuerza y la violencia del que se ha amparado en ella, o el consentimiento de los que se han sometido a ella mediante un contrato real o *supuesto* entre aquellos y aquel en quien han diferido la *autoridad*. El poder adquirido por la violencia es tan sólo una usurpación y dura mientras la fuerza del que manda lo impone sobre la de aquellos que obedecen. De suerte que si estas últimas se convierten a su vez en los más fuertes y sacuden el yugo, lo hacen con el mismo derecho y justicia que tenía el otro para imponérselo. La misma ley que hace la autoridad la deshace: se trata de la ley del más fuerte.

A veces la autoridad conseguida con la violencia cambia de naturaleza; cuando continúa y se mantiene con el consentimiento expreso de aquellos a quienes se sometió. Pero entra ya en el segundo género del que voy a hablar, y aquel que se la hubiera arrogado, convertido entonces en príncipe, deja de ser tirano.

El poder que provenga del consentimiento de los pueblos supone necesariamente condiciones que hagan *legítimo* su uso, útil a la sociedad,

⁵¹ Tomados de la sección publicada por Lough, J. (selección, edición y prólogo), *La Enciclopedia: Diderot-D’Alembert*, Madrid, Guadarrama, 1974.

ventajoso para la *República*, y que lo fijen y encierren en *límites*. Pues el hombre no debe ni puede darse enteramente y sin reservas a otro hombre... Permite (Dios) para el bien común y para el mantenimiento de la sociedad que los hombres establezcan entre sí un *orden de subordinación*, que obedezcan a uno de ellos; pero mediante la *razón y con medida y no ciegamente y sin reservas*... El príncipe mantiene la *autoridad* que sobre ellos tiene en los propios súbditos, y esa autoridad está limitada por las leyes de la *naturaleza* y del *Estado*. Las leyes de la naturaleza y del Estado son las condiciones bajo las cuales se han sometido, o se considera que se han sometido, a su gobierno. Uno de esas condiciones consiste en que, teniendo *poder y autoridad* sobre ellos sólo por su *elección* y su *consentimiento*, jamás puede emplear esa *autoridad* para romper el acta o el contrato mediante el cual le fue transferida; obraría entonces contra sí mismo, ya que su *autoridad* no puede subsistir sino mediante el título que la estableció. Quien anula uno destruye la otra. El príncipe no puede, pues, disponer de su *poder y* de sus súbditos sin el *consentimiento de la nación* e independientemente de la *elección* señalada en el contrato de sumisión. Si usara de otro modo, todo sería nulo y las leyes lo relevarían de las promesas y de los juramentos que hubiera podido hacer, como un menor que hubiese obrado sin conocimiento de causa, puesto que habría pretendido disponer de lo que sólo tenía en depósito y con cláusula de sustitución de la misma manera que si lo hubiera tenido en plena propiedad y sin condición alguna.

Por otro lado, el *gobierno*... no es un bien *privado*, sino un *bien público*, que por tanto *jamás puede ser arrebatado al pueblo*, a quien únicamente pertenece en esencia y en plena propiedad... No es el Estado el que pertenece al príncipe, sino el príncipe el que pertenece al Estado; pero al príncipe corresponde gobernar el Estado, porque el Estado lo eligió para eso, porque se comprometió con los pueblos para la administración de los negociantes y porque aquéllos se comprometen a obedecerle conforme a las leyes. El que lleva la corona puede, desde luego, despojarse de ella si quiere, pero no puede volver a colocarla sobre la cabeza de otro sin el consentimiento de la nación que la puso sobre la suya.

En una palabra, la corona, el gobierno y la *autoridad* pública son bienes de los que es propietario el cuerpo de la nación, cuyos usufructuarios, ministros y depositarios son los príncipes. Aunque jefes de Estado, no por ello dejan de ser miembros del mismo; los primeros en verdad, los más venerables y poderosos, con todo poder para gobernar, pero sin ningún poder legítimo para cambiar el gobierno constituido ni para poner otro jefe en su lugar... La observancia de las leyes, la conservación de la libertad y el amor a la patria son las fuentes fecundas de todas las cosas grandes

y de todos los actos hermosos. Ahí radican la dicha de los pueblos y la verdadera ilustración de los príncipes que los gobiernan... La adulación, el interés particular y el espíritu de servidumbre son, por el contrario, el origen de todos los males que destruyen un Estado y de todas las cobardías que lo deshonran...

No puede negarse la espléndida inmarcescibilidad, la actualidad de estos lúcidos (aunque generalmente desdeñados) razonamientos políticos articulados con ganancia.

De Jaucourt, por su parte, redactó el artículo titulado “Igualdad natural”, que debió revisar Diderot y en el que sostiene que

es la que existe entre todos los hombres solamente por la constitución de su naturaleza... Puesto que la naturaleza humana es la misma en todos los hombres, resulta claro que según el derecho natural cada uno debe estimar y tratar a los otros como a seres que le son naturalmente iguales, es decir, que son hombres lo mismo que él... El lector sacará otras consecuencias que nacen del principio de igualdad natural de los hombres. Señalaré tan sólo que la violación de este principio es la que creó la esclavitud política y civil. De ahí que, en los países sometidos al poder arbitrario, los príncipes, los cortesanos, los que manejan las finanzas poseen todas las riquezas de la nación, mientras que el resto de los ciudadanos sólo tienen lo necesario y la mayor parte del pueblo gime en la pobreza. De todas maneras, *que no se me haga la injuria de suponer que por un espíritu de fanatismo apruebo en un Estado esa quimera de la igualdad absoluta que apenas puede alumbrar una república ideal... Conozco demasiado bien la necesidad de las condiciones diferentes, de los grados, de los honores, de las distinciones, de las prerrogativas, de las subordinación que deben reinar en todos los gobiernos, e incluso añado que no se oponen en absoluto a la igualdad natural o moral...*

También De Jaucourt se ocupó de la “Ley fundamental”, definiéndola como toda ley primordial de la Constitución de un gobierno.

Las leyes fundamentales de un Estado, tomadas en toda su extensión, son no solamente las ordenanzas mediante las cuales todo el cuerpo de la nación determina cuál deba ser la forma de gobierno y cómo sucederá la corona, sino también son acuerdos entre el pueblo y aquel o aquellos en quienes delega la soberanía, acuerdos que regulan la manera en que se debe gobernar y prescriben los límites de la autoridad soberana... Añadamos también que hay una especie de leyes fundamentales de derecho y de necesidad, esenciales a todos

los gobiernos, incluso en los Estados en que la soberanía es, por así decirlo, absoluta; esa ley es la del bien público, del cual no puede apartarse el soberano sin faltar más o menos a su deber.

Asimismo, Jaucourt (uno de los polígrafos más célebres del siglo) al tratar la voz “Libelo” (a propósito de la censura oficial) recuerda que

los ingleses los abandonaron a su suerte y los consideran como un inconveniente de un gobierno libre, pues no está en la naturaleza de las cosas evitarlas porque es menos peligroso que se difame a unas cuantas gentes honradas que no se osara ilustrar al país sobre la conducta de gentes poderosas en autoridad. El poder tiene tan grandes recursos para meter el espanto y la esclavitud en las almas, está tan proclive a crecer injustamente que debe temerse mucho más la adulación que lo sigue en la osadía en desenmascarar sus andanzas. Cuando los gobiernos de un Estado no dan ninguna razón real para la censura de su conducta, nada tiene que temer de la calumnia y de la mentira. Libres de todo reproche, caminan con confianza y no temen dar cuentas de su administración.

Y al abordar el concepto de “Libertad política” sostiene que se distinguen la propia del Estado y la del ciudadano.

[La primera] está formada por leyes fundamentales que establecen en él la distribución del Poder Legislativo, del Poder Ejecutivo de las cosas que dependen del derecho de gentes y del Poder Ejecutivo (*sic*) de las que dependen del derecho civil, de modo que esos tres poderes queden vinculados unos a otros. [La segunda] es esa tranquilidad de espíritu que procede de la opinión que cada uno tiene de su seguridad, y para que se posea esa seguridad es preciso que el gobierno sea de tal manera que un ciudadano no pueda temer a otro ciudadano. Unas buenas leyes civiles y políticas garantizan esa libertad; triunfan incluso cuando las leyes criminales *sacan cada pena de la naturaleza particular del crimen*.

Se discute si el artículo dedicado a los “Representantes” se debe a Diderot o fue escrito por D’Holbach. Comparativamente, es un trabajo extenso dentro de la *Enciclopedia*. Se define a los representantes de la nación como los

ciudadanos escogidos que en un gobierno moderado están encargados por la sociedad de hablar en su nombre, de estipular sus intereses, de impedir que se

les oprima, de participar en la administración... Los representantes suponen constituyentes de quienes emanó su poder y a los que, en consecuencia, están subordinados y de los cuales tan sólo son órganos. Sean cuales sean sus usos o los abusos que pudiera haber introducido el tiempo en los gobiernos libres y moderados, un representante no puede arrogarse el derecho de hacer hablar a sus constituyentes un lenguaje contrario a sus intereses. Los derechos de los constituyentes pueden, en cualquier momento, desmentir, desautorizar y revocar a los representantes que les traicionan, que abusan de sus plenos poderes contra ellos mismos o que renuncian para ellos a derechos inherentes a su esencia... Un ambicioso, un hombre ávido de riquezas, un derrochador, un libertino no están hechos para representar a sus ciudadanos. Los venderán por títulos, honores, empleos y dinero... Ningún grupo de ciudadanos debe gozar para siempre del derecho de representar a la nación; es preciso que elecciones nuevas recuerden a sus representes que de ellas les viene el poder. Un grupo cuyos miembros gozaran sin interrupción del derecho de representar al Estado se convertiría muy pronto en el dueño o en el tirano.

De Jaucourt elige desarrollar valientemente un asunto que también preocupó a Diderot (quien conoció la reclusión en carne propia): la *tortura*.

Ya que no está prohibido examinar *las materias más delicadas del derecho*, aprovecharemos ese privilegio siguiendo el ejemplo de varios sabios y ciudadanos que en todo momento han *osado* exponer los inconvenientes que creían advertir en la *práctica del interrogatorio* o, por mejor decir, de la *tortura*. La sumisión de los súbditos exige que se obedezca a los magistrados, *pero no que se los crea infalibles* y que de dos posibilidades no puedan elegir la peor. Por ello está permitido comentar *con respeto* los abusos, a fin de esclarecer al soberano e inclinarlo mediante su religión y su justicia a reformarlos... La *tortura* no cumple la finalidad a la que está destinada... Es una invención segura para perder a un inocente de complexión débil y delicada y salvar a un culpable que nació robusto. Los que pueden soportar ese suplicio y los que no tienen bastantes fuerzas para sufrirlo mienten igualmente. El tormento que se hace sufrir en la *tortura* es seguro, pero el crimen del hombre que lo sufre no lo es; ese desdichado al que aplicáis *tortura* se preocupa mucho menos de declarar lo que sea que de librarse de lo que siente... Es, pues, un estado muy lamentable el de un hombre inocente a quien la *tortura* arranca la confesión de un crimen; pero la situación de un juez que, creyéndose autorizado por la ley, acaba

de hacer sufrir la *tortura* a ese hombre inocente debe ser horrorosa. ¿Tiene algún medio para compensarle esos sufrimientos?

En todas la épocas se han encontrado hombres inocentes a quienes la *tortura* hizo confesar crímenes de los que no eran culpables. La intensidad del dolor o la flaqueza de la persona hace confesar al inocente lo que no ha cometido, y la obstinación de los culpables que se encuentran fuertes y más seguros en sus crímenes les hace negarlo todo...

Se ha dicho⁵² que al abandonar su reclusión en Vincennes, Diderot toma su primera decisión de escritor político: llevar a feliz término la *Enciclopedia*, contra los ataques clericales, los de pequeños escribanos y los del sector reaccionario del aparato del Estado absolutista y ya delicuescente.

Le auxiliará en la empresa el sector ilustrado de ese mismo aparato que ha tomado conciencia del interés (económico, entre otros) de una obra útil al conjunto de la sociedad. Pero Diderot concibe este esfuerzo al margen de la élite *stricto sensu* o de compromisos demasiado estrechos, así como admite, con resignación relativa, la censura de Le Breton. Entusiasta, sabe también ser calculador.

Brunetiere, aunque hostil a Diderot, supo reconocer sin embargo que la *Enciclopedia* era un gran negocio de aquellos tiempos, el fin al que tendía todo lo que la precedió, el origen de todo lo que la ha sucedido y consecuentemente el verdadero centro de una historia de la ideas del siglo XVIII.

En la crisis de la *Enciclopedia* no puede olvidarse el papel jugado por el del director de la Biblioteca, Malesherbes, juez y árbitro de esa lucha capital que significó la publicación de la obra. Convencido de que el intercambio de ideas era útil para la sociedad, Malesherbes escogió siempre la represión más tenue posible, habida cuenta de las presiones innúmeras que se ejercieron sobre él. Así, acordó un gran número de permisos tácitos a libros que no hubieran recibido nunca el imprimátur oficial, es decir la aprobación y privilegio del rey. “Un hombre —decía— que sólo leyese libros expresamente autorizados por el gobierno estaría un siglo atrás de sus contemporáneos”.

Más tarde, en 1775, se convertiría en ministro de Luis XVI pero su voluntad de reformas y de economías desagradó a aquella Corte, mani-

⁵² Bemrakassa, Georges, “L’homme politique”, *Magazine Littéraire*, París, núm. 204, 1984, pp. 36 y 55.

rrota y falsopastoril y fue obligado a dimitir al año siguiente. Sirvió a su soberano por última vez en 1792 y 1793 siendo el principal abogado y el brillante defensor del rey guillotinado. El Terror, como siempre, recompensó devoción tan manifiesta y en 1794 fue juzgado y muerto como lo había sido su rey, aquel pobre hombre ingenuo, vacilante y fatídico.

En los días declinantes del Antiguo Régimen, Malesherbes fue el único funcionario con voluntad positiva en pro de la libertad de prensa. Su vida es el último vestigio del intento secular de ilustrar y de domar al déspota, intento tan noble como infértil y que ya era preciso admitirlo sin ambages, con desencantada lucidez y hasta con algún cinismo.

Los compañeros de Diderot, los enciclopedistas casi desconocidos, son

juristas, médicos, profesores, ingenieros, altos funcionarios civiles y militares, sabios, técnicos especializados, situados a mitad del camino entre la grande y mediana burguesía, muy cercanos a las más elevadas capas sociales y muy buenos jueces de la incapacidad de éstas para aspirar a suplirlas en su tradicional papel directivo, pero no demasiado lejanos del pueblo trabajador que no pudieran tener una visión precisa de los problemas reales que se le presentan a la nación. Estaban bien situados para concebir la solución técnica de estos problemas y para ponerla en marcha sin aguardar una revolución general...

La porción más útil de la nación, los guías de la opinión de la Europa Ilustrada, pusieron sus más caras esperanzas en una obra colectiva y en el coraje intelectual y moral de un hombre. “Este hombre no los defraudó”.⁵³ Hoy tampoco decepcionan los valientes alegatos de la *Enciclopedia*, dirigidos a enderezar el rumbo del gobierno y a fortalecer la presencia de la sociedad. Los artículos que hemos elegido conservan, a nuestro entender, el nervio esencial que los animó hace más de 200 años. Y su repaso pudiera hacer menos desolador el erial ideológico de nuestros días y el horror sangriento y estéril de nuestras calles y plazas sombrías, expropiadas e inhóspitas. De haberlas vivido habrían sido también detestables para Diderot y los suyos.

El recurso de glosar la historia clásica le permitió a Diderot juzgar elípticamente la historia inmediata, aun cuando la *Enciclopedia* ya ha-

⁵³ Proust, J., *Diderot et l'Encyclopédie*, citado por Bonnet, Jean Claude, *op. cit.*, nota 4, p. 28.

bía llegado a buen puerto y hubiera podido estar más que satisfecho con ese esfuerzo enorme, que daría los frutos esperados en diversos órdenes, desde luego en el campo de la acción política.

Una primera reflexión de su *Ensayo sobre la vida de Séneca, el filósofo, sobre sus escritos y sobre los reinados de Claudio y Nerón* podría desconcertar:

Lo que ocurre entre el asesinato de Cayo y la elección de Claudio es una imagen fiel de la perplejidad de los esclavos cuando se liberan por medio de la rebelión. Libres de la desdicha presente, no saben asegurar su felicidad futura... Sin proyecto, sin principios, sin planes, si se ocupan de algo es de escapar de los vengadores del tirano muerto y no darle sucesor digno, por lo que ocurre que la muerte de un déspota se reduce a llevar al trono a otro déspota.⁵⁴

El desconcierto se disuelve: no hay rebelión deseable cuando no hay proyectos y planes viables que impidan que ella resulte en mera sustitución de amos y tiranos.

Proyectos, principios y planes son obra del análisis racional, del examen ilustrado, de las Luces. Con ellas, el hombre puede adueñarse de la historia, y escribirla anticipadamente y no meramente reseñar la presencia de ciegas fuerzas tan incontenibles cuan incomprensibles. De cualquier modo, Diderot no establece ningún “texto único”. Su inquirir es constante y sus preguntas sobre el poder no desembocan en las consabidas moralinas estériles. Enumerando las primeras medidas del gobierno de Claudio concluye: “Las mejores operaciones se llevan a cabo bajo los reinados más malos, y recíprocamente”.⁵⁵ Renglones abajo asienta: “En la segunda época del reinado de Claudio se ve, por una serie de acciones atroces, cuán sombría es la autoridad soberana; la pusilanimidad, cruel y la imbecilidad, crédula”. Después, parafraseando a Suetonio y a Tácito: “La debilidad, que no sabe ni impedir el mal ni ordenar el bien, multiplica la tiranía”. Añade:

Los grandes, una vez corrompidos, no dudan de nada: ajenos ya a la dignidad de una alma elevada, esperan de ella lo que no vacilarían en conceder y cuando no nos envilecemos tal como quieren, se atreven a acusarnos de

⁵⁴ Diderot, D., *Vida de Séneca*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1952, p. 40.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 41.

ingratitude. El que en una Corte disoluta, acepta o solicita gracias, ignora el precio que se pondrá a esto algún día.

Ese día se hallará colocado entre el sacrificio de su deber, de su honor y el olvido del beneficio recibido; entre el desprecio de sí mismo y el odio de su protector. La experiencia prueba, con exceso, que no es tan corriente ni tan fácil como podría imaginarse el salir con nobleza y firmeza de esta peligrosa alternativa.

Un ministro honrado no gratificará a un malvado; pero un malvado no vacilaría en recibir las mercedes de un ministro, sea cual sea; no tiene nada que perder, está dispuesto a todo.⁵⁶

Quien esto escribe sabe de lo que habla: la corte de Catalina no era precisamente un dechado de austeridad y moralidad. Mantuvo distancia con ella (no sólo geográfica, por supuesto) y supo salir de “esa alternativa” sin compromisos vergonzantes. En la Corte francesa se manejó asimismo sin empañar su obra medular. No todos sus contemporáneos ilustres lo lograron; algunos ni siquiera lo intentaron y hubo quien no percibió la alternativa y se dejó halagar por el príncipe (en relación sinálgmática, claro está), sacrificando así unas ejecutorias que hubieran sido progenitoras de otras ideas y acciones, nuevas y potentes.

Al tratar el penoso tema de la delación, Diderot sostiene que “*la policía bien entendida no llenará las casas y las calles de malvados para garantizar a los ciudadanos contra algunos*”.⁵⁷ Como se ve, la preocupación viene de lejos y nuestro autor la hace remontar al imperio disoluto. Prudentemente asienta:

Si no hay gobierno en el que circunstancias urgentes no exijan la infracción de las leyes naturales, la violación de los derechos del hombre y el olvido de las prerrogativas de los súbditos, no lo hay donde ciertas coyunturas no autoricen a éstos; de donde nace la extrema dificultad de definir y de circunscribir con exactitud el crimen de la alta traición.

Más adelante revela algunas de las claves de su obra:

Un soberano colocado en el trono o por unos conjurados o por unos rebeldes, se halla constantemente entre la injusticia, si les concede todo, y la ingradi-

⁵⁶ *Ibidem*, p. 58.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 94.

tud, si les niega algo. Fatigado por esa larga y penosa alternativa, no se libra de ella más que por medio de la desgracia, el exilio o incluso la muerte de aquellos que parecen no haberlo servido sino con la condición de sojuzgarlo y cuyo descontento y poder le amenazarían con la suerte fatal de su predecesor. Entonces incurre en la censura general de la nación, que ignora cuál es el precio de la seguridad para un príncipe, cuán celoso es de su autoridad, y en los reproches del *historiador*, que no es a menudo más que un eco lejano del rumor popular.⁵⁸

Preocupado por el rumbo de la cosa pública de su tiempo, razona:

Me atrevo a pensar que Tiberio con su política, Calígula con sus extravagancias, Claudio con su imbecilidad y Nerón con su crueldad han sido menos funestos a la república derramando a chorros la sangre de las familias más ilustres que envileciendo a los que dejaban vivos. Nerón, con sus asesinatos, privó, sin duda, al Estado de grandes hombres; pero, por medio de la corrupción, lo pobló de hombres sin carácter: sus predecesores habían comenzado la ruina de las costumbres; él la colmó. Si se admite la verdad de esta reflexión, ¡cuántos príncipes, menos feroces han sido, por otra parte, tan culpables, tan despreciables como él.⁵⁹

Éste es el Diderot de la última etapa, más cerca de Séneca que del otrora admirado ejemplo de Sócrates. La preferencia modificada obedece a la necesidad de una autojustificación de “filósofo comprometido” ante Catalina y Necker, como el cordobés lo estuvo con Nerón.

Y, al propio tiempo, en la *Historia de las dos Indias* saluda a la regeneración de los insurgentes americanos radicalizándose políticamente. Radicalismo antidespótico que le lleva a las últimas conclusiones sobre las desgraciadas consecuencias para la especie humana del divorcio entre los tres códigos: natural, civil (político) y religioso, cuya imposible conformidad es el obstáculo fundamental en la búsqueda de la felicidad.⁶⁰ Se divorcian los filósofos y la revolución a la hora de las opciones políticas reales. Ya lo había anticipado Diderot a Catalina, quien descubre la tesis de nuestro autor, tardía y peligrosamente encolerizada: “no hay ningún soberano sino la nación; no puede haber otro verdadero legislador que el pueblo”. ¡Miren que atreverse Diderot decirle esto a ella, tan su amiga,

⁵⁸ *Ibidem*, p. 122.

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 138 y 139.

⁶⁰ Véase Berekassa, George, *op. cit.*, nota núm. 52, p. 38.

tan imposiblemente su amiga! (pero lejos ya de su frío y mortífero alcance, no nos engañemos).

Sería erróneo menospreciar la parte propiamente política de la contribución de Diderot al diccionario enciclopédico. Bajo las teorías absolutistas que comparte con casi todos sus colaboradores —la idea que la eficacia política exige la unidad del mando, la utopía del monarca al que la sola evidencia de la Razón, apoyada en la representación de la opinión ilustrada obliga a dictar y a respetar la ley justa y así lo demás— se disciernen empero ya muy bien los lineamientos de una doctrina sólida de la soberanía nacional y de la democracia política... Al materialismo sistemático y abstracto anterior a 1750 corresponde perfectamente la política abstracta y sistemática de 1750-1760. Con la *Enciclopedia*, el materialismo de Diderot se hace flexible, se abre, deviene un medio de informar y de interpretar lo real. En política, al contrario, el Diderot de los años 1750 no se sabe nada. Lo que ha aprendido se lo enseña Rosseau entre 1749 y 1755, en el curso de un apasionante diálogo donde “La desigualdad” de Juan Jacobo responde a la “Autoridad política” de Diderot o en que el “Derecho natural” de Diderot responde a la “Economía política” de Juan Jacobo y así sucesivamente hasta el primer esbozo del *Contrato social*... Saber libresco, en consecuencia completamente técnico, que explica muy bien el carácter abstracto y esquemático de la primera “Política” elaborada por el filósofo. Es más tarde, después de la *Enciclopedia*, que la teoría se modificará con la prueba de los hechos, que el dogmatismo cederá al realismo sin por eso degradarse en pragmatismo. Pero, para quien sabe leerlos, no hay nada en ese futuro que no esté ya en esbozo en los artículos políticos del enciclopedista.⁶¹

En sus *Principios de política de los soberanos*, Diderot ensaya un “tacticismo” (ese maquiavelismo embozado) para mejor minar el campo del absolutismo. No procura poner al día al historiador para servicio de cortesanos ni como “manual de prudencia política” del déspota. Admite la sagacidad del autor de los *Anales* pero muestra, al propio tiempo, que no puede ser aceptado como irremediable, como oráculo infalible. Ese discurso sobre el poder es revisado por Diderot quien así articula otro,

⁶¹ Proust, Jacques, “L’Encyclopedie dans la pensée et dans la vie de Diderot”, citado por Bonet, Juan Claude, *op. cit.*, nota 47, pp. 257 y 258.

alternativo y consecuente con los nuevos rumbos de la historia política francesa y, en general, europea.⁶²

Comenta nuestro autor que

la injusticia aparente o real de los medios que se emplean contra ellos (los ambiciosos), queda borrada por razones de la seguridad: ese principio pasa por ser constante en todas las modalidades de Estado: *sin embargo, no es menos atroz perder un particular sólo por el temor que se tiene de que vaya a trastornar el orden público.*

Y cuando el “tacitismo” aconseja que no se falte nunca a la justicia en las cosas pequeñas, ya que tenemos la recompensa de poder luego de infringir esta actitud impunemente en las grandes cosas, Diderot replica: “Máxima detestable. Porque hay que ser justo en las grandes cosas y en las pequeñas; en estas últimas porque se ejerce la justicia más fácilmente que en las grandes”. Si Tácito recomienda sabiduría para hacer culpables, Diderot sostiene: “esto es el único recurso de ministros atroces, para perder a la gente que les molesta. *Es pues muy importante estar en guardia contra esta especie de maldad*”. El romano propuso castigar a los inocentes, cuando es preciso. Para Diderot “no hay hombre honrado a quien no pueda temblar esta máxima, *que no deja jamás de ser coloreada de interés público*”. Cayo Cornelio propuso respetar siempre la ley que no nos molesta y que molesta a otros. Nuestro autor, en cambio, convoca a respetarlas todas. Para los césares, Tácito escribió: Nunca mandar hacer un crimen sin haber extremado la discreción, es decir, con la muerte de aquel que lo ejecuta. Diderot contesta: “es por esto por lo que un crimen engendra otro crimen. Si los cómplices reflexionasen bien sobre esto, verían que su muerte, casi infalible, es siempre la recompensa de su bajeza”. Su aforismo paradójico sobre la libertad de expresión es memorable: “La libertad de escribir y hablar impunemente marca, o la bondad extrema del príncipe o bien la esclavitud profunda del pueblo; se permite hablar solamente a aquel que nada puede”. Este tópico lleva a la lúcida reflexión de Ives Benot:⁶³

⁶² Los fragmentos de la obra que se comenta han sido tomados de la edición de Luc, Jean, *Diderot*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940, pp. 251-255.

⁶³ Benot, Ives, *Diderot: del ateísmo al anticolonialismo*, México, Siglo XXI Editores, 1973, pp. 256 y ss.

de hecho, la exigencia de Diderot y de sus amigos tomaba en cuenta realidades análogas (a las de hoy en día): no existe libertad en general y en el absolutismo, no hay más que libertades concretas para hacer tal o cual cosa. Libertad de expresión en la época de la Ilustración significaba libertad para edificar una moral del bienestar de los goces contra la moral cristiana; para los holbachianos significaba la libertad de propaganda para el ateísmo y la crítica de las religiones... Las libertades de expresión de los sostenedores de la tolerancia y los de la intolerancia no han sido jamás juzgados indiferentemente... libertad de conciencia y de expresión para todos aquellos que no son fanáticos o intolerantes, es decir, esos con los que se puede, más allá de las divergencias filosóficas, pero con un acuerdo práctico, construir una sociedad racional... Más vale reflexionar en las razones concretas, sociales e individuales que han impedido hasta ahora a la libertad de expresión y de discusión el proporcionar todos sus efectos... Pero, por ahora, el llamado obstinado de Diderot a la total libertad de expresión, de publicación, de discusión, al reconocimiento oficial de esta libertad que él y sus amigos no podían conquistar más que al precio de artimañas y serios riesgos, nos concierne y debe ser recogido y amplificado...

En esta misma línea, Bonnet advierte la densidad que el Siglo de la Razón asigna a “la opinión”. La comunicación entre el rey y la voluntad de la nación no debe, según Diderot, operar solamente en momentos privilegiados y muy hipotéticos, sino por un órgano y cada institución que se denomina ya en el siglo XVIII, la opinión. No se trata de una categoría vaga. El término designa la infraestructura de las Luces, personal reagrupado en las academias y dotado de precisos instrumentos: la prensa y las editoriales.

La tercera edición⁶⁴ de un *best-seller* del siglo XVIII, la *Historia filosófica y política del comercio y de los establecimientos europeos en las dos Indias*, de Guillaume Raynal, es uno de los mayores esfuerzos de Diderot en pro de la literatura política. Mayor y también postrero.

Se ha dicho que el intenso trabajo que imprimió a la *Enciclopedia* no pudo ser frenado de golpe y concluida la obra fundamental no tuvo tranquilidad en el reposo; de ahí su aquiescencia en colaborar con el abate Raynal en su muy conocido libro (en total, 17 ediciones, ¡25,000 ejemplares!) que le prestaba nueva ocasión para, ya digerida su experiencia

⁶⁴ De 1780. Aquí hemos utilizado: Raynal, G. Th., *Histoire philosophique et politique des deux Indes*, introducción de Ives Benot, París, Maspéro, 1981.

vital y su caudal libresco, aclarar cuestiones de las que tenía juicio formado y maduro a fin de difundirlo entre sus contemporáneos. Cabe advertir también que

la *Historia* de Raynal y Diderot no es solamente un lugar de debate en el que se reencuentran tendencias del partido enciclopedista; propone reformas para las colonias, cierto... pero al mismo tiempo y en mayor medida para Francia y los “Estados-policía” de Europa occidental. Propone, la tolerancia, la separación de la Iglesia y el Estado, la plena libertad de expresión. Avanza, en ocasiones no sin confusión, en una mezcla de propuestas sobre la reforma de los impuestos, legislación garantista de los intereses y derechos de los acreedores, la libertad del comercio y la abolición de sociedades de privilegio exclusivo. Propuestas que aparecen —se adivina— en los más inesperados capítulos sin que exista siempre relación evidente entre el relato y esas digresiones. Lo es que son ellas las que, en vísperas de la Revolución, las dotaron de luces, prestigio y vigor racional.⁶⁵

La requisitoria a Luis Borbón, no guarda sino elemental respeto (regularmente admitido), por el eminente destinatario:

Vuelve tus ojos sobre la capital de tu imperio y encontrarás dos clases de ciudadanos. Unos, rebosantes de riquezas, despliegan un lujo que indigna a aquellos a los que no corrompe; otros, sumidos en indigencia que aumenta bajo el disfraz de lo que carecen: porque tal es el poder del oro cuando se convierte en dios de una nación que suple todo talento, que remplace toda virtud, que requiere tener riqueza o hacer creer que se tiene. En medio de esta pandilla de hombres disolutos, verás algunos ciudadanos laboriosos, honestos, frugales, industriosos, casi proscritos por leyes viciosas que ha dictado la intolerancia, marginados de todas las funciones públicas, siempre prestos a expatriarse puesto que no les está permitido enraizarse en un Estado en el que existen sin honor civil y sin seguridad.⁶⁶

¡Cuánto nos llegan esas sentencias en este depauperado presente, sin futuro de compromisos históricos sino antes bien prometiendo una retracción dimisoria que han dispuesto quienes, sin los derechos de la legitimidad en ejercicio del poder, se han adueñado del Estado, ayunos de

⁶⁵ Benot, Ives, *op. cit.*, nota 20, p. 10.

⁶⁶ Diderot, D., “Programme des réformes adressé a Louis XVI”, en Raynal, G., *Histoire philosophique et politique des deux Indes*, *cit.*, nota 64, libro IV, cap. XVIII, p. 71.

vigor y de razones como no sean las del momento electoral, que es a la política lo que la enfermería es a la medicina (valioso y respetable pero incompleto cuando lo que le sigue es vacuidad y ruido). Sin vacilar le recuerda también que los reyes no tienen parientes y que los pactos de familia no duran sino en tanto los contratantes, encuentran en ellos “su interés... que un rey es el único hombre que ignora si a su lado se encuentra un amigo verdadero y que un imperio no puede subsistir sin sanas y virtuosas costumbres, tal como sucede en una familia particular y que como ella, camina hacia su ruina por las disipaciones y no puede, como ella, recuperarse sino mediante economías; que el fasto no añada nada a la majestad del trono...

Obliga al débil buen rey a preguntarse

durante el día, en mitad de la noche, en medio del tumulto de tu corte, en el silencio de tu gabinete cuando medites, pregúntate si tu intención es la de perpetuar las profusiones insensatas de tu palacio. De conservar esta multitud de grandes oficiales y subalternos que te devoran. De eternizar los dispendiosos entretenimientos de tantos castillos inútiles y los enormes salarios de quienes los administran. *De duplicar, triplicar los gastos de tu casa, no menos costosos que inútiles. De disipar en escándalos jolgorios la subsistencia de tu pueblo.* De permitir que se levanten ante tus ojos las mesas de un juego ruinoso, fuente de envilecimiento y corrupción. *De agotar tu tesoro para acudir al fasto de los tuyos y mantenerlos en un estado en el que su magnificencia emule la tuya.* De sufrir que el ejemplo de un pérfido lujo perturbe la cabeza de nuestras mujeres y desespere a sus esposos. *De sacrificar cada día a la alimentación de tus caballos las subsistencias cuyo equivalente nutriría a muchos miles de hombres que mueren de hambre y miseria.* De acordar a los miembros que son ya suficientemente gratificados y a militares largamente estipendiados durante años de ociosidad sumas extraordinarias por operaciones que son su deber y que en otro gobierno que el tuyo ejecutarían a sus costas. De persistir en la infructuosa posesión de inmensos dominios que nada te reeditúan y cuya enajenación, liberándote de una parte de tu deuda, incrementarían tus ingresos y la riqueza de la nación.

Quien todo posee como soberano no debe tener nada como particular. De prestarle a la insaciable avidez de tus cortesanos, de tus más cercanos. De permitir que los grandes, los magistrados, todos los hombres poderosos o protegidos de tu imperio continúen arrojando lejos de ellos el fardo del impuesto para hacerlo recaer sobre el pueblo, especie de concusión contra la cual los gemidos de los oprimidos y las amonestaciones de los ilustra-

dos reclaman inútilmente y desde hace mucho tiempo... Cuando a estas cuestiones encuentres respuesta justa, tú mismo actúa en consecuencia. Sé firme... No me resta sino una palabra qué decir, pero es importante. Es mirar como el más peligroso de los impostores, como el enemigo más cruel de nuestro bienestar y de tu gloria, el lisonjero impúdico, que no dudará en inclinar la balanza para adormecerte en una funesta tranquilidad, sea debilitando ante tus ojos la imagen aflictiva de tu situación, sea exagerando la indecencia, el peligro, la dificultad del empleo de los recursos que se presenten a tu espíritu.⁶⁷

En el crepúsculo del absolutismo, la reconvención de Diderot no es un programa sino su epitafio: el propio y el antiguo régimen que no podía ya dar cuenta de sus atrocidades ni, en consecuencia, reformar su práctica política, ejercida en el vacío, entre los límites últimos de su legitimidad y en la inabarcable perspectiva creciente de la ilegalidad sin freno.

“Sobre la Revolución de América” es considerado el último trabajo de teoría jurídico-política de Diderot, contenido en los capítulos 41 y 42 del libro 18 de la *Historia*. El relato del boicot al té es el punto de apoyo de reflexiones como las siguientes:

Los pueblos que han murmurado tanto que la tormenta no hace sino crecer a lo lejos a menudo se someten cuando ella cae sobre ellos. Entonces sopesan las ventajas de la resistencia, miden sus fuerzas y las de sus opresores y un terror pánico se adueña de aquéllos que tienen todo por perder y nada a ganar, quienes elevan la voz, intimidan, corrompen. La división se alza entre los espíritus y la sociedad se divide en dos facciones que se irritan y que, en ocasiones, llegan a las manos y se degüellan ante los ojos de sus tiranos, que ven correr esa sangre con dulce satisfacción. Pero los tiranos no encuentran cómplice alguno sino en los pueblos corrompidos. Son los vicios quienes les proporcionan aliados entre aquellos a quienes oprimen. Es la molición que se horroriza y no osa cambiar su tranquilidad ante honrosos peligros. Es la ambición vil de mandar que presta su brazo al despotismo y consiente ser esclava para dominar, de entregar a un pueblo para repartirse sus despojos, a renunciar al honor para obtener títulos y honores. Es, sobre todo, la indiferente y fría personalidad, último vicio de un pueblo, crimen último de los gobiernos, porque es siempre el gobierno que la hace nacer; ella es quien, por principio, sacrifica una nación a un hombre, y la felicidad de un siglo y de la prosperidad al goce de un día y de un momento. Todos estos vicios, frutos

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 75-77.

de una sociedad opulenta y voluptuosa, de una sociedad envejecida y que ha llegado a su término último, no son propios de pueblos agricultores y nuevos. Los americanos permanecieron unidos. La ejecución de un “bill” que consideraron inhumano, bárbaro y asesino, no hizo sino fortificarlos en la resolución de sostener sus derechos en mejor concierto y con mayor constancia.⁶⁸

En el alegato de Diderot (Raynal) resulta actual la siguiente aparente paradoja histórica:

Los templos (en Boston) resonaban en las más violentas exhortaciones contra Inglaterra. Fue sin duda un interesante espectáculo para la filosofía ver que en los templos, al pie de los altares, en donde tantas veces la superstición bendijo las cadenas de los pueblos, la libertad elevaba su voz para defender los privilegios de una nación oprimida y si se puede creer que la divinidad se digna bajar sus ojos sobre las desgraciadas querellas de los hombres, habrá deseado mejor, sin duda, ver su santuario consagrado a este uso y los himnos de libertad convertirse en parte del culto que le ofrendaban sus ministros. Esos discursos debieron haber producido gran efecto, y cuando un pueblo libre invoca al cielo contra la opresión, no tarda en tomar las armas.

En su análisis, Diderot no llegó más lejos y no pudo explicarse la confluencia de esa ética protestante y del naciente espíritu del capitalismo. Por otras razones (sin embargo, no totalmente distintas) esta coincidencia, esa concordia del clero ilustrado y liberal con la insurgencia también vería su día entre nosotros, en la revolución de Independencia. La aceleración del tiempo trascendente en la historia lo produce Diderot a partir de los panfletos americanos:

No es ya tiempo de deliberar. Cuando la mano del opresor trabaja sin descanso o forjaros cadenas, el silencio sería un crimen y una infamia la inacción, la conservación de los derechos de la República: he ahí la suprema ley. Sería la última de esclavos que, en el peligro en que se halla la libertad de América, no hicieran todos sus esfuerzos por conservarla...

Diderot, desde una perspectiva y en un escenario más amplio, recomienda

⁶⁸ *Ibidem*, pp. 316 y 317.

El objeto importante, la difícil cuestión era establecer una tranquilidad a favor de la cual se formara un concierto de voluntades que diera a esas resoluciones dignidad, fuerza, consistencia. Es dicho concierto el que, de multitud de partes esparcidas y fáciles de romper, compone un todo que no llega a su fin sino cuando se logra dividirlo por la fuerza o por la política.⁶⁹

Interpreta que, en la especie, no son algunos particulares que oponen resistencia de opinión a sus imperiales maestros. “Es la lucha de una corporación contra otra, del Congreso de América contra el Parlamento inglés, de una nación contra otra”.⁷⁰ Zanjando *avant la lettre* la clásica polémica, nuestro autor establece que se expanden por todos lados los principios que justifican.

Esos principios, nacidos en Europa y particularmente en Inglaterra, habían sido transplantados en América por la filosofía. Se utilizaban contra la metrópoli sus propias luces y se decía: se debe estar en guardia para no confundir, como un todo, las sociedades y los gobiernos. Para conocerlos, investiguemos su origen... Lo que no habría logrado un hombre aislado lo han conseguido los hombres concertados y, en conjunto, conservan su obra. *Tal es el origen, la utilidad y el fin de la sociedad*. El gobierno debe su alumbramiento a la necesidad de prevenir y reprimir las lesiones que pudieran infligirse, unos a otros, los asociados. Es el centinela que vela para impedir que los trabajos comunes sean perturbados.

Así como la sociedad es nacida de las necesidades de los hombres, de sus vicios han nacido los gobiernos. La sociedad tiende siempre al bien; el gobierno siempre está obligado a reprimir el mal. La sociedad es primigenia, independiente y libre; el gobierno ha sido instituido por ella y no es sino su instrumento. La una es para mandar; el otro para servir. La sociedad ha creado la fuerza pública; el gobierno, que la recibe de ella, debe consagrarla íntegra a su servicio. En fin, la sociedad es esencialmente buena; el gobierno, como se sabe, puede ser y es, frecuentemente, malo.⁷¹

Entre nosotros, Morelos supo distinguir también entre soberanía del pueblo (la nación diderotiana) y soberanía nacional (el gobierno al que se refiere nuestro ilustrado). La distinción conlleva consecuencias que no son meramente académicas, como ya se sabe.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 319.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 320.

⁷¹ *Ibidem*, pp. 322 y 323.

Si el docto Jauncourt había declarado en la *Enciclopedia* su rechazo a la utopía de la igualdad histórico-social sería sin duda, porque coincidía con el Diderot de entonces y con el de la *Historia*, en la que éste asienta: “Hay entre los hombres una desigualdad original, que nada puede remediar. Durará eternamente y todo lo que puede lograrse de la mejor legislación no es destruirla, sino impedir su abuso”.⁷² Un pesimismo crepuscular se asoma: “La historia del hombre civilizado no es sino la de su miseria. Todas las páginas son tintas de sangre, unas con la de los opresores, otras con la de los oprimidos”. Como en el horizonte político los muertos no han de vivir entre los vivos, Diderot estima que uno quiere o elige por sí mismo. No se sabría querer no elegir en lugar de otro; sería insensato querer elegir por aquel que aún no ha nacido, por aquel que está a siglos de existencia.

Nulo individuo el que, descontento de la forma del gobierno de su país, no pudiera ir a buscar en otro lugar una mejor. Inexistente sociedad que no pudiera cambiar es forma suya de gobierno con la misma libertad que tuvieron sus ancestros para adoptarla... Es nula la forma de gobierno cuya prerrogativa es ser inmutable... Ninguna autoridad política, creada ayer o hace mil años que no pueda ser abrogada dentro de diez años o mañana. Ningún poder tan respetable, tan sagrado que quede autorizado a mirar al Estado como su propiedad. Cualquiera que piense distinto es un esclavo. *Es un idólatra de la obra de sus manos*. Cualquiera que diversamente piense *es un insensato* que se sacrifica a una eterna miseria y sacrifica también a su familia, a sus hijos, a los hijos de sus hijos, *acordando a sus ancestros el derecho de estipular en su lugar cuando él no era todavía y arrogándose el derecho de estipular por sus nietos que aún no existen*. Nada está prescrito a favor de la tiranía contra la libertad.⁷³

Un permanente debate queda abierto para siempre:

Pero, decís: son rebeldes ¿por qué? Porque no quieren ser vuestros esclavos. Un pueblo sometido a la voluntad de otro, que puede disponer a su sagrado gobierno, de sus leyes, de su comercio, de fiscalizarlo como le plazca, limitar su industria y encadenarlo por prohibiciones es siervo; si es siervo, y su servidumbre es peor que la que sufriría bajo un tirano. Se libera de la opresión de un tirano por la expulsión o por la muerte. Pero a una nación no se le mata

⁷² *Ibidem*, p. 325.

⁷³ *Idem*.

nunca, nunca se la caza. La nación déspota es una hidra de mil cabezas que no pueden ser cortadas sino por mil espadas esgrimadas a la vez.⁷⁴

Esta naciente nación recibiría, en la mitad de un siglo, un gobierno que merecerá, en adelante, la admonición de Diderot. La hipótesis que aparece líneas arriba, puede quedar, aquí y ahora, plenamente acreditada. Quizás no la vio Diderot cuando sostuvo enfáticamente ante los ingleses: “Es decreto de la naturaleza que no podréis modificar: que las grandes masas dictarán su ley a las pequeñas” para a continuación advertirles, en nombre de los norteamericanos: “si cuando menos esta tutela no se convirtiera para nosotros en coacción insoportable, si nuestra mejora no fuera incesantemente sacrificada a la vuestra, si no tuviéramos que sufrir multitudes de opresiones provenientes de vuestros gobernantes, financieros y militares”. Anticipando la admonición que en Francia se oirá un lustro después de su muerte, Diderot concluye su apología de los rebeldes americanos con un recurso más oratorio que nacido de itinerario intelectual: “y bien, tiranos de las naciones y sus colonias, si sois los más poderosos, es que el cielo ha creado su oído a las voces que se elevan de todos los rincones de la tierra”.⁷⁵ Las últimas líneas de la *Historia*, dedicadas a la “Moral y conclusión general” contienen la justificación buscada por nuestro autor a tantas otras redactadas en pro de la misma causa:

He dicho a los soberanos cuáles eran sus deberes y vuestros derechos. Les he dibujado los efectos funestos del poder opresor inhumano o del poder indolente que permite la opresión. Les he rodeado de las imágenes de vuestras desventuras y su corazón habrá estremecidose. Les he advertido que si vuelven los ojos, esas fieles y horrosas pinturas serán grabadas, en el mármol de sus sepulcros y acusarían a sus cenizas, holladas por la posteridad.⁷⁶

Aquel impulso de reforma fundamental que viene, una y otra vez, a nuestro encuentro y anima la generación de Diderot, se transmite entre nosotros a la hora de revoluciones por las independencias, es recogido en la reformulación de nuestros acuerdos constitucionales y aflora cada vez que algunos restauran y proponen nuestra vocación de hombres libres en república de iguales. Diferentes siempre y siempre semejantes

⁷⁴ *Ibidem*, p. 334.

⁷⁵ *Ibidem*. p. 372.

⁷⁶ *Idem*.

confluyen nuestros esfuerzos cuando son para los más (que aún no tienen sino lo menos). Mientras esa maligna proporción no quede radical y definitivamente trastocada, la lectura de Diderot, de sus semejantes y de sus opositores y la puesta en práctica de esas lecciones no puede ser tachada de mera distracción libresca, aun cuando haya quienes no comprenden que los libros, cuando duran más de 200 años, son sustancia del fondo perdurable de nuestra herencia, y de la “política del espíritu”, como dijo Paul Valéry, en otros días, remotos y aciagos, los de la batalla europea y trasatlántica. Hoy sólo unos cuantos persisten en recordar todo aquello y los oscurantistas de siempre, por supuesto, no tienen “ni la menor idea”, condición que hubiera sido escalofriante a la mirada de Diderot para quien las ideas fueron la clave de lo más hondamente humano de los hombres.

IV. A MANERA DE COLOFÓN

Un enfoque distinto al habitual (que suele ser monográfico, pseudo erudito y un tanto acartonado) sobre los personajes más influyentes de la Ilustración puede resultar útil para acabar de mirar a Diderot y su mundo. Me refiero a las entrevistas —inéditas durante siglos— que Boswell, periodista *avant la lettre* y celeberrimo biógrafo de Samuel Johnson (genio incomparable, obsesivo y casi insufrible) realizó a Rousseau y a Voltaire. La frescura y vivacidad de aquellos encuentros pueden dar una idea más acabada y una impresión más vívida de la atmósfera intelectual de aquella prodigiosa centuria, que solemos clausurar convencionalmente con la toma de La Bastilla.

Se dice que el ginebrino y el francés son los “polos opuestos” de la Ilustración: *sentimentalismo* (que se le adjudica a Rousseau) versus *escepticismo* (que se le endilga a Voltaire). Pero, como ocurre con toda clasificación, ésta es arbitraria y deficiente (por exceso y por defecto) pues no puede delinarse un trazo preciso para deslindar (ni antejo conceptual para acotar) caracterizaciones que son más bien convenciones y rutinas, muletillas académicas, desabridas y facilonas. Más allá de esas minucias, conviene reparar en que, en ambas cabezas, se fraguó un mundo nuevo, fabricación en la que Diderot tuvo la influencia que caló muy profundamente aun cuando no se haya manejado con el protagonismo de los dos genios mayores del siglo XVIII. Y eso es, a la postre, lo que

realmente importa: dos “superestrellas” y un empresario fueron los coautores de un nuevo mundo de ciencias, artes y oficios, cuya creación se decreta, antes que todo, en la *Enciclopedia*.

Rousseau, a causa de la publicación de *Emilio* (pedagogía peculiarísima, por cierto) y de la dolorosísima y severa condena ginebrina del libro, hubo de refugiarse cerca de Neuchâtel, en Môtiers, poblacho montañés pintorescamente suizo, si cabe la tautología. Ahí le entrevistó Boswell (a cuya visita siguió la escandalosa y celebrada ruptura con Voltaire, cuando éste perpetrara su enésima travesura, perversa y excesiva, al tomarse la libertad de chismear sobre la vida privada de Rousseau, que no ocultaba su convicción y práctica de deleites carnales (a los que Voltaire pudiera entonces ya no tener acceso por su flaca carne, entre otras razones) en un libelo que lleva por título *Sentiments des citoyens*.

Boswell llegó a intimar tanto con Rousseau que éste le confió a su *maitresse*, a fin de que la escoltara hasta Londres y, en el camino, ya puede uno suponer lo que ocurrió, episodio que los familiares de Boswell censuraron para siempre. También puede suponerse que el despistado de Rousseau ignoró del todo la peripecia o que si pudo vislumbrarla, la dejó caer en el sótano de su indiferencia que, por cierto, estaría para aquel entonces más que repleto.

Después, vendría el distanciamiento entre Boswell y Rousseau, pero antes la entrevista a Voltaire, en el opulento parque de Ferney: admirable sitio, aristocrático y resguardado nicho de la mejor factura “mansardiana”, en la que el Patriarca había encontrado algún reposo (aun cuando nunca lo hallaría del todo, pues no estaba en su naturaleza el quedarse quieto). Entre el “filósofo salvaje” y el “castellano” franco-ginebrino, Boswell habrá quedado atónito pues el contraste habríale parecido asombroso: dos genios intelectuales pero sólo uno de ellos, Voltaire, capaz de aprovechar, de un modo más material, práctica y objetivamente, el talento que Dios le dio.

El reportero culto se lució y las dos entrevistas son sabrosísimas. En ellas reverbera el talento de dos monstruos sagrados (y el nada desdeñable del entrevistador). Debemos a José Manuel de Prada⁷⁷ la glosa y recuperación de dichos textos.

⁷⁷ Prada, José Manuel, “Introducción”, *Encuentro con Rousseau y Voltaire*, Barcelona, Mondadori, 1997.

No son las entrevistas esa consabida retahíla de preguntas y respuestas, lo que hubiera sido poco *boswelliano* y una grosera receta de corto alcance (aunque útil en ocasiones, hay que reconocerlo). El texto es una afortunada y certera *mélange* de entrevista-reportaje-diario de viaje-en-sayo costumbrista y meditación trascendental... algo sin duda fuera de serie y que hace las delicias del lector (para aludir, con esta fórmula, a la otra morada de Voltaire en Ginebra, atrás de la Porte de Cornavin, un “hotel” de dimensiones modestas si se le compara con el palacete de Ferney, siendo empero una preciosa mansión del mejor estilo dieciochesco que Voltaire bautizó como *Les Delices* siendo, en efecto, deliciosa).

La creciente emoción de Boswell conforme se aproxima a la agreste vivienda de Rousseau francamente se vuelve algo ridícula y hasta podría mover a risa, y la carta con la que se presenta ante él es de una humildad convencional y de tal obsecuencia con el genio que resulta un tanto desmesurada e involuntariamente cómica, aunque diga mucho de los estilos del siglo en los que participó Diderot. Boswell llega a apostrofar a Rousseau como “iluminado mentor” (quien lo recibió “vestido al modo armenio”, puede suponerse que tocado con el arquetípico gorro de astracán del célebre retrato, universalmente conocido).

Entonces comenzó la metralla. Del Parlamento de París dijo Rousseau:

si se pudiera cubrir de oprobio a un grupo de personas, sería éste, sin duda [¡y otros que nos sabemos aquí, sin ninguna duda!] Podría sumirlos en el mayor de los oprobios —continuó diciendo— simplemente dando a la imprenta su edicto contra mí en una cara y la ley de las naciones y la igualdad en la cara opuesta.

Después, le dijo al escocés:

cuando hablo de reyes no incluyo al rey de Prusia. Se trata de un rey del todo diverso. ¡Esa fuerza suya! He ahí lo importante, tener fuerza, espíritu de venganza incluso. Uno siempre puede encontrar materia de la que hacer algo. Pero cuando falta la fuerza, cuando todo es pequeño y dividido, no hay nada que hacer.

Aquí el lector reconocerá la presencia del síndrome, vigente vigorosamente en el siglo XVIII, del “déspota ilustrado”. Diderot tuvo el suyo propio: Catalina de Rusia; Voltaire acabó huyendo del que había elegi-

do con cierta desaprensiva soberbia, aquel Federico II que le endilgó la simbólica llave de plata colgada del pescuezo flaquísimo de Francois-Marie Arouet, para que llegará a ser el Voltaire legendario y, sin saberlo, la pesadez suya le dio al francés las alas que necesitaba. También dijo cosas como “no puedo tolerar el mundo tal como es” o “me repugna la humanidad” y “nunca nadie me ha entendido” para espetarle al pobre de Boswell, al momento de la despedida: “estoy agobiado por las visitas de gentes ociosas” descortesía imperdonable si se hubiera tratado de Voltaire; para Rousseau, en cambio, era sencillamente, una expresión espontánea y sincera y, por ende, valiosa e irreprochable. En todo caso era muy poco amable, de un tacto social francamente paquidérmico.

Boswell recuerda la *boutade* de Rousseau: “Escribí el *Ensayo sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* con un ánimo sombrío y habiendo pasado tres meses en un bosque sin ver a nadie”. Esto y más tienen las charlas de los caballeros atildados y cultos de aquellos días los que aquí platicaban lo eran de modo eminente y por ello sus diálogos son imperecederos.

El encuentro con Voltaire en su *château* de Ferney no es menos memorable que el que había tenido con Juan Jacobo. Recibido en aquel espacio armonioso y elegante, Boswell empero acabó desconcertado ya que el filósofo no se encontraba en su mejor momento y el escocés confiesa que él mismo estaba también de un pésimo humor. El almuerzo al que fue invitado no contó con la presencia de su entrevistado, amén de que las puertas de Ginebra, que cerraban a las cinco, le obligaron a apresurar su partida en vísperas de Navidad (que celebró en Saint Pierre). Regresó al día siguiente para encontrar en Ferney una multitud de invitados, unos 50. La conversación que mantuvo con Voltaire, que tenía en aquel entonces 72 años, fue brillantísima: Shakespeare, Milton, Addison y, por supuesto, Johnson, fueron los temas de aquella velada. En ella Voltaire sostuvo: “Tienen ustedes el mejor gobierno. Si se vuelve malo lo arrojan al océano, por eso el océano los rodea por todas partes. Son esclavos de las leyes. Los franceses en cambio son esclavos de hombres”. Cierra la crónica no dudando que la conversación de Voltaire “es la más brillante que haya escuchado nunca... Mostró humor, mostró extravagancia, mostró con vigor un estilo extraño y singular”.

No en vano Nicholson,⁷⁸ siglos más tarde, estableció que la Ilustración fue, ante todo, una larguísima conversación que cambió al mundo en la que Diderot llevó a veces la voz cantante, aunque en ocasiones guardara el silencio dictado, quizá, por su íntima melancolía.

V. *ADDENDA*

Michel Onfray, teórico contemporáneo del hedonismo ético, autor de un *corpus* de altos vuelos, “contrahistoria de la filosofía”, ha ideado una clarificación de los protagonistas intelectuales y literarios de las Luces, y en ella Diderot aparece como “clásico” junto a Condorcet, D’Alembert, Rousseau y Voltaire, frente a los “ultras”, Helvetius, D’Holbach, Mau-pertuis, Jean Meslier (el sorprendente Meslier), La Mettrie y Sade.

Pero el filósofo francés protesta contra la *Enciclopedia* diciendo que las páginas del abate Yvon sobre ateísmo contienen líneas asombrosas,

prueba de que en esta empresa sólo hubo contados rayos de deslumbrante inteligencia y razón. El abate enciclopedista legitima el castigo que cualquier magistrado imponga al ateo trasgresor. Negar la Providencia, predicar contra su culto, profanar, cometer perjuicio, blasfemar, incluso pronunciar de manera banal juicios sobre los dogmas y misterios de la fe, todo eso, según los principios del derecho natural, merece un correctivo... El inquisidor completa su pensamiento: se puede y se debe castigar a los ateos y hasta ¡se los puede hacer desaparecer! Por eso, la política tiene derecho de tratar como enemigo a cualquiera que se proponga destruir la obra de la religión.

Onfray no disimula su animadversión hacia Diderot y pretende hacerlo de *enfant terrible*, pero a mi entender, ha errado en el golpe e incurrido en el fatal *non sequitur* pues al encontrar, entre los miles de artículos de la *Enciclopedia* este exabrupto aislado, lo que hace es subrayar el valor de la empresa diderotiana y enaltecer su trascendencia. Preferir a los “ultras” (como singulariza Onfray a los materialistas ateos) antes que a los “clásicos” es una cuestión de perspectiva axiológica y, como tal, constituye (para decirlo con los medievales) *quaestion disputada*, es decir, que se abre y cierra con un “ya veremos...”.

⁷⁸ Nicholson, Nagel, *La edad de la razón*, Buenos Aires, Losada, 1963.